



Diego Barros Arana

Camilo Enríquez

El primero de abril de 1811 fue para los habitantes de Santiago un día memorable, que los contemporáneos colocaron entre los aniversarios de los grandes terremotos que habían afligido el país, y de las más espantosas calamidades de que se conservaba tradición. Desde la época del fundador Pedro Valdivia, la paz y la quietud habían reinado en la ciudad. Siglos los separaban de los combates que aquel conquistador tuvo que empeñar con los indígenas, al zanjar los cimientos de la que destinaba a ser la capital de sus colonias. Después, los vecinos de Santiago no habían visto soldados, sino en las paradas militares, ni oído el estampido del cañón, sino muy de tarde en tarde, cuando se anunciaba la muerte o la coronación de un monarca de Castilla. La guerra no les era conocida más que por noticias; pero nunca habían experimentado las ansiedades que causan las peripecias [18] de una batalla trabada a corta distancia. Mas ese día, después de tantos años, los cañonazos y las descargas de fusilería habían resonado, no en las inmediaciones, sino en el centro mismo de la ciudad, en la plaza principal; y aquellos tiros no habían sido simples salvas de ordenanza, disparadas con pólvora, meramente para hacer ruido, sino muy serias y mortíferas. Los godos después de haber debatido con los patriotas a pura pérdida en cabildos abiertos la cuestión que los traía divididos desde algunos meses, habían tratado de ganarla a fuerza de balazos; y el coronel don Tomás Figueroa, insurreccionándose con una parte de la guarnición, había intentado ahogar la revolución en su cuna. Mas con el favor de Dios los insurgentes habían desbaratado sus proyectos, e impedido que los conatos de independencia fuesen aniquilados en germen. La crisis sólo había sido de horas, si contamos desde que los sublevados dieron los primeros indicios de motín; de minutos, si únicamente atendemos a la duración de la pelea. Pero lo inusitado del suceso, la gravedad de los intereses que se habían jugado en este arriesgón de fortuna, la zozobra de las consecuencias trascendentales que podía arrastrar consigo, prolongaron por mucho tiempo el sacudimiento y la agitación que había producido. En todo ese día primero de abril

particularmente, la mitad de la población que se consideraba vencedora, no alcanzó a recobrar del susto; y la mitad que se consideraba vencida, estuvo desasosegada por la fiebre de la desesperación y del temor.

Si, cuando los ánimos están acalorados por una fuerte excitación, como era la que entonces dominaba a los santiaguinos, las circunstancias más pequeñas llaman la atención, los hechos notables por cualquier respecto despiertan una curiosidad profunda y aparecen con proporciones más abultadas de las que se les habría concedido en cualquiera otra ocasión. Apuntamos esta observación vulgarísima, para que el lector, recordando que el clero casi en masa con su prelado al frente se oponía a las innovaciones, se imagine el asombro que causaría ver aquella vez a un eclesiástico a la cabeza de una de las patrullas que, después de terminada la función, recorrían las calles para evitar una segunda intentona. Era un hombre de cara pálida, de exterior grave, flaco de cuerpo, de talle poco airoso, más bien bajo que alto; el sayal que le envolvía no pertenecía a ninguna de las órdenes religiosas establecidas en Chile; componíase de una sotana negra, que decoraba sobre el pecho una cruz roja. La novedad misma de su traje contribuía a fijar sobre él la curiosidad de la multitud. Todos se lo señalaban, y se decían su nombre al pasar. Llamábase Camilo Henríquez. Aunque nacido en Valdivia, se había educado en el Perú, y había profesado en una de las comunidades de aquel país, que se denominaba los Padres de la Buena Muerte y cuyo deber era auxiliar a los moribundos. Estaba recién llegado, y se conversaba mucho de su persona en toda la ciudad. Era tenido por hombre muy leído y que sabía escribir. Había abrazado con calor la causa de la revolución, y se había ligado con aquellos personajes que se singularizaban por sus opiniones exaltadas. Como se ve, había más que suficiente motivo para que su actitud en aquel día [19] memorable no pasara desapercibida. Sin embargo, se equivocaría grandemente quien juzgando a Henríquez por el aparato guerrero de que apareció rodeado en su primera exhibición pública, le tomase por un hombre de acción. La continuación de nuestro relato probará que era todo, menos eso. Audaz por el pensamiento, atrevido en sus concepciones, valiente con la pluma en la mano, no había recibido en patrimonio de la naturaleza esa energía de voluntad, esa fuerza de carácter que hace sostener una convicción no solo con la palabra, sino también con las armas. Era un pensador a quien no le asustaba la lógica de las consecuencias; pero no un soldado que despreciase las balas.

Nadie puede poner en duda que el proyecto de separarse de la Metrópoli habría causado pesadillas, si se le hubiera propuesto, a la mayoría de los próceres del año diez, los cuales se habrían contentado muy bien con ciertas garantías constitucionales, con ciertas reformas municipales; que eran contados los que lo ocultaban en el fondo del alma; y que solo los muy arrojados osaban repetírselo al oído. Pues bien, esa idea que nadie emitía sino entre cuatro paredes con grandes precauciones, Camilo Henríquez la expresó el primero por escrito, a la faz del pueblo y sin ambages; él, primero, se atrevió a preguntar no a sus amigos de confianza, sino a toda la nación qué fecha tenía, y qué firmas autorizaban el pacto que sujetaba a Chile a ser una colonia de la España; él, primero, se atrevió a sostener que la dominación española, lejos de apoyarse en algún derecho, pugnaba contra las leyes de la naturaleza, que había colocado entre nosotros y ese rincón de la Europa la inmensidad del océano. Todas estas aseveraciones están terminante y largamente desarrolladas en una proclama manuscrita, que hizo circular, cuando se trataba de elegir diputados para el congreso de 1811 y que el historiador realista Martínez, tuvo la buena inspiración de copiar en su obra para que no se pudieran hacer objeciones contra su autenticidad.

Si se quiere comprender toda la valentía de semejante opinión, es preciso trasladarse con la fantasía a una época demasiado remota ya, no tanto por los años que han

trascendido, como por las preocupaciones que los progresos de la razón han extirpado. Entonces, para el mayor número, negar la soberanía de la España, era punto menos que negar uno de los misterios de fe. Tal proposición en la boca de un lego, se miraba como un avance asaz vituperable, en la de un sacerdote como una blasfemia horrible. Sin embargo Camilo no se dejó intimidar por el respeto supersticioso con que sus compatriotas veneraban a un monarca que con solo su nombre los gobernaba desde otro hemisferio. Creyó que el mejor medio de probarles que el ídolo se apoyaba sobre un pedestal de cartón, era atacarlo de frente; y sin duda consiguió su objeto, porque cuando una de esas falsas divinidades es desconocida y no encuentra en el acto un rayo para fulminar al temerario que la insulta, desde ese momento su prestigio comienza a evaporarse.

Lo que había expresado por escrito en una proclama, lo dijo poco después de viva voz desde el púlpito, aunque con más prudencia y disimulo, el 4 de julio [20] de 1811, cuando los diputados del primer congreso pasaron a la iglesia Catedral a implorar la asistencia del cielo, antes de ir a ocupar sus asientos en la sala de sesiones. En ese sermón procuró demostrar con citas y pasajes de la Biblia la misma doctrina que antes había defendido con los argumentos del sentido común; y sostuvo, con grande escándalo de muchos y aprovechamiento de algunos, que los pueblos poseían ciertos derechos que no podían enajenar por ningún convenio, y a los cuales nunca alcanzaba la prescripción.

Estos estrenos arrojados probaron a todo el mundo que el recién venido no era un hombre adocenado, y le conquistaron una posición notable. Aborrecido de muerte por los godos, para quienes era un apóstata, estimado por los insurgentes que le acataban como un publicista eminente, su nombre no era oído en parte alguna con indiferencia. El caudal de su ciencia le permitió hacerse con los magnates más encopetados por su riqueza o su familia; y a los pocos meses el pobre fraile era uno de los más influyentes en los destinos de Chile.

El 13 de febrero de 1812 es otra de las fechas que ocupan un lugar prominente en las efemérides nacionales, y Camilo Henríquez es el protagonista del suceso que a ella se refiere. En ese día viose a la gente correr de calle en calle y de casa en casa, y leerse mutuamente, en alta voz, un periódico que llevaba por título la Aurora. Los unos escuchaban su lectura en medio del más vivo entusiasmo; los otros con gestos de desprecio o de indignación. Si al presente vamos a consultar ese papel que tanta agitación causó con su aparición, no le hallamos por cierto nada de asombroso; pero sus efectos debían ser necesariamente muy diversos sobre los contemporáneos. Era el primero que se publicaba en el país, y sus columnas contenían ideas que ahora repiten los niños; pero que eran novedades para los sabios de entonces, y que entrañaban una revolución. Sobrada razón tenían, pues, los godos en desazonarse con el nacimiento de semejante periódico; porque para ellos era más dañoso que la fabricación de armas o el levantamiento de un ejército. Su dominación se apoyaba no tanto en la fuerza bruta, como en las preocupaciones que el tiempo había consagrado. ¿De dónde habrían sacado soldados que hubieran resguardado militarmente ese continente que se extiende desde la península de California hasta el cabo de Hornos? Mas el hábito y la ignorancia eran los guardianes que les conservaban su conquista. Así, destruir su prestigio refutando los errores que lo sostenían, demostrar que la España no era para la América lo que es una madre para su hijo, sino lo que un amo para su esclavo, valía más para los innovadores que ganar batallas; pues cada cabeza que convencían les importaba un brazo que arrebataban al enemigo. Mas si los resultados merecían la pena de que se emprendiera esa lucha contra el atraso, el hombre que la tomaba a su cargo, necesitaba de coraje. En aquella época como en cualquiera otra, pero más entonces que ahora, el diarista, si no se

exponía a la muerte, se exponía a los rencores, a las calumnias rastreras, a la difamación encubierta. Camilo Henríquez, desde el principio, aprendió a costa suya que se compra demasiado caro y a precio de la tranquilidad, el honor de pensar en alto y de ser el maestro de un [21] pueblo. Sin embargo nada le arredró; miraba su consagración a la causa pública, como un deber que le imponía su calidad de ciudadano; por cumplirlo renunció en el presente a todo sosiego, y despreció para el porvenir la persecución. El año siguiente, ese mismo literato que había escrito el primer periódico nacional, redactó también la primera constitución que haya regido el país. Este código es una obra de circunstancias; los principios revolucionarios aparecen en él disfrazados bajo fórmulas hipócritas; se reconoce a Fernando VII, y se acatan sus derechos; pero al mismo tiempo se proclaman la soberanía del pueblo, la obligación en que está el monarca de aceptar la constitución que formen los representantes de la nación, y la prohibición expresa de obedecer a ningún decreto, providencia u orden que emane de una autoridad de fuera del territorio de Chile.

¿Cuáles son, pues, los antecedentes de este sacerdote que no teniendo ni riquezas que ostentar ni un nombre aristocrático que le valga, se hace escuchar desde que llega al país, cuyos consejos solicitan los más encumbrados, y que se convierte en el legislador y el institutor de sus compatriotas? Su tierra natal era Valdivia; sus padres, dos vecinos honrados y decentes de aquella provincia. Nacido con una contextura débil, había descubierto, a medida que iba entrando en la vida, un humor inclinado a la tristeza. Frecuentemente, cuando retozaba sobre la arena de la playa con sus otros camaradas de infancia, por una propensión muy natural en los muchachos que crecen a la orilla del mar, la vista del océano despertaba en su alma un vivo deseo de embarcarse en uno de los buques que de tarde en tarde visitaban el puerto, y de irse a navegar. Este deseo no era un sentimiento peculiar del niño Henríquez; sus compañeros lo experimentaban tanto como él, y un viaje marítimo era el objeto de sus más ardientes votos; pero lo que hay de notable es que Camilo no se contentó con desear, sino que buscó cómo satisfacer su capricho, y lo consiguió. No sabemos de qué manera se ingenió para meterse en una nave a escondidas de su familia; mas lo cierto es que lo hizo y que un día arribó al Callao, pobre de experiencia y de dinero, y sin tener en aquella tierra nadie que le valiera. Por fortuna, un bodegonero chileno que ejercía en Lima su miserable oficio, le acogió por lástima y proveyó a su subsistencia, hasta que pudo colocarle en el convento de los Padres de la Buena Muerte, una de las comunidades más famosas del Perú por su opulencia y el saber de muchos de sus miembros.

Allí el prófugo creció y concluyó sus estudios. Cuando fue hombre, no se resolvió a abandonar un claustro a que le ligaban la gratitud y la costumbre, y tomando por una vocación verdadera lo que no era sino una efervescencia de joven, pidió el hábito y profesó en aquella orden. Desde luego no tuvo por qué arrepentirse; se dedicó a la ciencia y se olvidó del mundo. Pero en vez de meditar sobre los santos padres, leyó con preferencia los filósofos enciclopedistas y reflexionó sobre sus doctrinas. El resultado de estas lucubraciones fue que adoptase sus ideas, y se hiciese su discípulo entusiasta. Su [22] ardor de adepto no le permitió ser prudente, y dejó traslucir a medias el secreto de sus pensamientos. Bien pronto experimentó las fatales consecuencias de su poca reserva. Habiendo herido sus palabras los oídos de personas timoratas, fue denunciado, como sospechoso de herejía, ante el tribunal del Santo Oficio que desplegaba su siniestro imperio sobre el Perú como sobre las demás posesiones españolas. Los inquisidores, que en América andaban escasos de ocupación, no desperdiciaron la coyuntura que se les presentaba de ostentar su celo; y Henríquez se vio forzado a cambiar, por cierto muy contra su gusto, su querida celda por uno de esos calabozos de donde tanto costaba salir. Extranjero, desvalido, sin familia, sin ningún poderoso que lo

apadrinara, y pesando sobre su cabeza una acusación terrible, su situación no podía ser más desesperada. Sin embargo tuvo la rara dicha de salvarse solo a costa de una simple amonestación. Esos mismos frailes de la Buena Muerte, que habían desempeñado con él los oficios de amigos, de protectores, de padres, no le desampararon en el peligro, y poniendo en juego todas sus influencias, no descansaron hasta conseguir que se abrieran para Camilo esos cerrojos inquisitoriales, que habían sido para tantos otros las llaves de la tumba.

Cuando se halló fuera de la prisión, merced a los desvelos de sus hermanos, sintió un reconocimiento inmenso. El anhelo por corresponder de algún modo siquiera a tantos beneficios como les debía, absorbió todo su ser. Su corazón bien puesto ansiaba por mostrar que era digno de la protección que había recibido. No tardó en ofrecérsele la ocasión que buscaba. La comunidad se encontró de repente próxima a su ruina. Era deudora de una ingente suma a la ciudad de Quito; y a solicitud de esta, el rey expidió una cédula ordenando que se remataran sus bienes para cubrir el crédito. Camilo propuso a sus compañeros que le facultaran para ir en persona a hacer una tentativa de acomodo; y con su permiso se dirigió a Quito, pidiendo al cielo que le concediera la gracia de salvar una orden a la que debía tanto como un hijo a su familia. Su deseo era tan sincero que, para realizarlo, trabajó como más no puede exigirse a un hombre, superó todos los obstáculos, se ganó al obispo Cuero y Caicedo y a otros personajes de campanillas, y por su intercesión negoció un arreglo que todo lo allanaba y que nadie habría esperado.

Cuando Camilo hubo logrado su objeto, cayó en una tristeza profunda. Ya hemos dicho que su genio era naturalmente melancólico, y ahora agregaremos que las persecuciones anteriores habían desarrollado esa propensión. Mientras le estimuló el sentimiento de la gratitud, su alma y su cuerpo conservaron toda su actividad; pero cuando vio cumplido su deber, esa misma excitación, que antes le había agitado, calmándose a falta de pábulo, contribuyó a precipitarle en un completo desaliento y en el desengaño más amargo de la vida. La sociedad llegó a serle fastidiosa, y se persuadió que no encontraría la paz, sino en el retiro y la soledad. Fijo en esta idea, resolvió irse a sepultar el resto de sus días en un convento de su orden, situado en las regiones casi ignoradas entonces del Alto Perú; pero antes de efectuar esta determinación [23] extrema, a que le impulsaba el desencanto, por uno de esos antojos que asaltan a los enfermos del ánimo, quiso visitar por la última vez esa patria que sus recuerdos de niño le hacían tan querida. Con este fin se embarcó para Valparaíso, y llegó a Chile en principios de 1811, precisamente cuando la cuestión entre godos y patriotas comenzaba a acalorarse. El atractivo de la lucha, el espíritu de propaganda, el amor de su país, no permitieron a Camilo permanecer espectador indiferente. Se le presentaba la ocasión de contribuir a la realización de las doctrinas que había leído en esos libros por los cuales había soportado la prisión, y divisado a lo lejos la hoguera. ¿Cómo resistir a la tentación de predicar sus creencias, de hacer participar sus convicciones? Instintivamente y casi sin saberlo, se fue comprometiendo en la reyerta; y bien pronto relegó al olvido todos sus propósitos de convertirse en solitario. «No era decente, ni era conforme a mis sentimientos y principios», ha dicho él mismo explicando este cambio, «que yo no ayudara a mis paisanos en la prosecución y defensa de la causa más ilustre que ha visto el mundo.» Los hechos con que hemos principiado nuestra relación, prueban que Camilo Henríquez no fue un revolucionario tibio como tantos otros, sino que lo despreció todo, sinsabores presentes y peligros futuros, por sostener y difundir las ideas liberales. Durante la primera época de la revolución, no cesó un momento de escribir en prosa y verso para atacar las pretensiones de la España, y para animar a los insurgentes en la contienda. A más de la Aurora, redactó el Monitor Araucano, y el Semanario Republicano, que había

fundado don Antonio José de Irisarri, pero que este último escritor, por causas que no es esta ocasión de explicar, se había visto forzado a suspender en el duodécimo número. En todos estos periódicos, prescindía por lo general de las ocurrencias diarias, de las desavenencias domésticas de los patriotas entre sí, y evitaba toda polémica en cuanto le era posible. Reemplazaba estas materias, que en la actualidad constituyen el fondo del diarismo, por explicaciones de los rudimentos del derecho público, que eran indispensables para colonos que, ignorando la cartilla política, aspiraban a organizarse en nación. En lugar de entretener a sus lectores con las rencillas de los gobernantes y de los generales, les enseñaba la teoría de la soberanía del pueblo, de las diversas formas de gobierno, de la constitución de los poderes; y los alentaba a perseverar en la empresa de la emancipación, bien sea con proclamas calorosas, bien sea insertando cuantas noticias eran favorables a la causa americana, y cuantas presentaban a la España próxima a sucumbir bajo las plantas de los ejércitos franceses. Durante toda su carrera de diarista nunca desmintió su circunspección y su mesura; jamás su pluma se mojó en hiel para escribir diatribas y pasquines, en vez de artículos sesudos y razonados; nunca la personalidad ensució sus obras. Sin embargo, sus escritos carecen de originalidad; frecuentemente no hace más que repetir las ideas de los filósofos franceses, y en todas sus publicaciones se descubre muy a las claras que sabía a Rousseau de memoria. Apuntamos el hecho sin que nuestro ánimo sea imputárselo como un reproche; porque entonces nadie se [24] habría cuidado de abrir los libros en donde estudiaba; y él, extractándolos, contribuía a popularizar sus doctrinas, que eran nada menos que los dogmas de la revolución.

Al mismo tiempo que Camilo Henríquez trabajaba en la prensa, ayudaba con sus consejos a todos los gobiernos que se sucedieron desde 1811 y hasta 1814. Patriota entusiasta y de color subido contra la España, se entrometía poco en las disensiones de sus correligionarios, y cualesquiera que fuesen sus simpatías, no era de los más empeñosos en manifestarlas. Siempre estaba con la autoridad establecida. Para él no había más cuestión que la independencia, que la guerra contra la Metrópoli y todo lo demás lo miraba con desvío, casi con enojo. De ahí sin duda provenía ese indiferentismo político, que por otra parte cuadraba perfectamente bien a su genio dejado y apático. Parece que solo se sobreponía a esa indolencia natural, a esa flojedad de inteligencia, que no le permitía muchas veces defender sus conceptos, hablar siquiera, por no tomarse trabajo, cuando se trataba de la gran lucha en que estaba empeñada la América. Entonces era otro hombre; su pereza habitual se convertía en actividad, su debilidad en energía. Nadie le ganaba en decisión; todas las medidas que se adoptaban le parecían faltas de vigor, poco eficaces. Habría deseado contra los godos una guerra más tenaz y agresiva, y para eso, que los insurgentes en lugar de pensar en gobernarse por juntas y congresos, entreteniéndose en dictar constituciones, hubieran confiado la suerte de la patria a las manos de un dictador con facultades omnímodas. «¿Cómo pretenden», decía, «estos pueblos nacidos esclavos y educados para la esclavitud regirse como republicanos? Sus antecedentes, sus costumbres, su ignorancia, su religión se lo prohíben. No hay para ellos otro camino de salvación, que entregarse a la dirección de un hombre superior.» «Todas las desgracias que hemos soportado», escribía en 1815, «proviene de que no hemos seguido esta línea de conducta. ¿Qué podría detenernos? ¿El temor de que el dictador se convirtiese en un monarca? Mas no se atreverá, y si se atreve y lo logra, merece serlo.» La experiencia ha demostrado que las ideas emitidas por Camilo tienen mucho de falso, y si el espacio no nos faltara, no nos sería difícil refutarlas; pero prueban un ardor revolucionario, extraño en un individuo de su temple, una impaciencia febril porque se rompieran los vínculos que nos alaban a la Metrópoli.

Después del desastre de Rancagua, Henríquez emigró a las Provincias Argentinas. Durante su proscripción continuó sus estudios y sus trabajos por la libertad del Nuevo Mundo. Se dedicó a las matemáticas, a las cuales era en extremo aficionado, y se recibió de médico en Buenos Aires, aunque ejerció poco su profesión. Por orden de aquel gobierno, compuso un Ensayo acerca de las causas de los sucesos desastrosos de Chile, opúsculo que se distingue por la imparcialidad con que el autor desentraña el origen de la pérdida de este país, y dio sucesivamente a luz dos dramas sentimentales bajo el título de Camila el uno, y de la Inocencia en el asilo de las virtudes el otro, como también la traducción de un panfleto escrito en inglés por Bisset con la denominación [25] de Bosquejo de la Democracia. Algún tiempo después de su llegada un estatuto provisional promulgado en la república del Plata, decretó el establecimiento de dos periódicos, destinados el uno a censurar los abusos de la Administración, y el otro a defenderla, cuyos redactores eran nombrados y pagados por el Ayuntamiento. La dirección del segundo se confió a Camilo Henríquez, quien redactaba juntamente una especie de revista mensual llamada Observaciones. Habiendo insertado en el cuarto número de esta última un artículo contra ciertos actos del directorio que pugnaba con sus convicciones, hizo dimisión de su cargo de escritor oficial; porque se le quería obligar a que, según su contrata, sostuviese en la Gaceta Ministerial lo que había atacado en las Observaciones: él prefería la miseria a envilecer su pluma. A los dos años el cabildo de la misma ciudad volvió a sacarle de su retiro, para encomendarle, con el sueldo de mil pesos, la redacción del Censor que desempeñó desde febrero de 1817 hasta fines de 1818. Corría el año de 1822, es decir, hacía cinco años que los españoles no dominaban en Chile, y cuatro que se había proclamado la independencia, y sin embargo Camilo no regresaba a su país. ¿Qué le detenía, pues, en el extranjero? La pobreza. Hacia esa época O'Higgins, que era director supremo de la República, se acordó del ilustre periodista, y le escribió llamándole y quejándose porque no le había cantado en sus versos. Para costearle el viaje, don Manuel Salas levantó entre sus amigos una suscripción que ascendió a quinientos pesos. Vuelto a su patria, Camilo fundó el Mercurio de Chile, papel en que procuró particularmente dilucidar diversas cuestiones de economía política; fue nombrado bibliotecario y secretario de la convención de 1822. Según su sistema, no tomó una parte activa en los asuntos políticos, de modo que con la deposición de O'Higgins su suerte no cambió en lo menor. Pero si se mostró prescindente en aquella crisis, no se mostró desagradecido con su protector caído. Fue por su empeño, como el general Freire dio al ex-director ese célebre pasaporte, que tanto honra al vencedor y al vencido en el cual se reconocen todos los servicios que la nación debe al segundo. La redacción de ese documento pertenece al padre Camilo. Desde esta época hasta su muerte, tanto los mandatarios como sus amigos continuaron guardándole las consideraciones a que sus méritos le hacían acreedor; pero a pesar de todo, el fin de su vida fue triste. Con la edad sus dolencias se agravaron. A las enfermedades del cuerpo se agregaron las del ánimo. Se puso hipocondríaco y bilioso. Todo le incomodaba, nada le complacía. La miseria le hizo sentir todos sus rigores. Aunque era muy parco en su comida y muy humilde en su vestido, su renta no alcanzaba a satisfacerle sus necesidades; pues a más de ser escasa de por sí, se quedaba en su mayor parte entre las manos de dos criados que le servían y que le robaban descaradamente. Desde su venida de Buenos Aires, había dejado el traje eclesiástico, lo que hacía que muchas gentes no le tuvieran en mucho olor de santidad; pero murió con todas las apariencias de un hombre religioso y de un católico sincero, recibiendo devotamente los sacramentos de la Iglesia. [26]

La muerte de ese escritor que durante su vida había causado tanto ruido, que se había conquistado tantas simpatías, que había despertado tantos odios, pasó desapercibida.

Ninguna demostración de dolor público solemnizó su entierro; ningún periódico se dignó consagrar una necrología, un simple aviso siquiera al fundador del diarismo en Chile. La fecha de la muerte de este patriota eminente habría quedado tan ignorada, como la de su nacimiento, si en el registro del cementerio, ese libro donde a nadie se le niega su lugar, donde se apuntan indiferentemente y mezclados unos con otros a grandes y pequeños, no se hallara en la partida correspondiente al 17 de marzo de 1824, un renglón que dice:

CAMILO HENRÍQUEZ DE 40 AÑOS DE EDAD. PARROQUIA DE SANTA ANA. Nada tendríamos que observar sobre esa corta línea, porque en ese libro de los difuntos ocupan igual espacio los hombres célebres y los hombres oscuros, los presidentes y los mendigos, los que mueren en la cama o en el banco; si el cura, como si dudara a qué categoría pertenecía Henríquez, no le hubiera suprimido al mismo tiempo el don de que siempre hace preceder los nombres de las personas acomodadas, y el fray que pone delante de los miembros de las órdenes religiosas.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario